

IN MEMORIAM

CARMELO LISÓN TOLOSANA

Ricardo Sanmartín Arce

El 20 de diciembre de 1973 me había trasladado desde Valencia a Madrid con un permiso extraoficial del coronel del Centro de Instrucción de Reclutas, donde estaba cumpliendo mi servicio militar. Ese cambio de región militar se otorgó de modo extraordinario y con la advertencia de no crear problemas. Me fue concedido por la seriedad del propósito académico, pues tenía que recabar en Madrid el consejo y orientación del Profesor D. Carmelo Lisón Tolosana. A mi coronel le sorprendió que un Licenciado en Económicas por la Universidad Comercial de Deusto quisiera doctorarse en Derecho bajo la orientación de un antropólogo. A lo exótico -entonces- de mi pretensión, se sumó accidentalmente lo extraordinario de la fecha. Una vez llegado a Madrid, temí que en los registros que ese día se estaban efectuando por el atentado de ETA al presidente del Gobierno L. Carrero Blanco, se percibiera la irregularidad de mi permiso, y que aquel viaje que entonces emprendía, en vez de terminar hoy en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, terminase entre rejas.

A ese singular viaje siguieron muchos a lo largo de casi medio siglo que compartí con Carmelo Lisón por España, Italia, Francia, Túnez, Méjico..., así como otros de autor en autor, de problema en problema, saltando de una a otra disciplina, entre universidades, museos y música, pasando de La Puebla de Alfindén a Rilke, de Evans-Pritchard o Mary Douglas a Botticelli y Velázquez, de Heisenberg y Wittgenstein a Vico y Gadamer, de Lévi-Strauss a Geertz. Esa larga relación fue, a todas luces, un privilegio.

Lisón no solo fue mi maestro y amigo. Lo fue de muchos. “Maestro Lisón” es el título de un libro que acaba de editar Honorio Velasco, en el que se reúnen firmas de antropólogos españoles, norteamericanos y europeos que así lo sienten, como maestro de todos nosotros. Él nunca lo pretendió. Fue un resultado natural de su acción, un efecto colateral de aquel impulso vital que le llevó a crear una universidad itinerante con cinco reuniones internacionales al año. A todos nos es bien conocido su espíritu

aragonés y su machadiana austeridad, que le hacían huir de todo seguimiento, de todo honor público. Espero nos perdone por esta sesión que, al rendírsela tan merecidamente, nos la rendimos a todos nosotros, no ya por merecimiento nuestro, sino por la necesidad de objetivar en él la verdad del ejemplo, y así poder comprender mejor qué fue lo que él hizo.

Su entrega vocacional a una ciencia moral, tan iluminadora para esta época de cambios, fue algo verdaderamente excepcional, un testimonio de cuánto se exige de nuestra atención y constancia para penetrar hasta el fondo en los dilemas humanos de nuestra época. Lisón nunca se quedó en el umbral de los problemas, a él nunca le asustó la radicalidad o grandeza de las preguntas que la observación empírica de la cultura y la sociedad le planteaban. Por eso iba y venía, en su reflexión, desde el pequeño dato etnográfico captado al vuelo, casi como un acto fallido de un informante o de un actor, a la mayor de las preguntas sobre la experiencia del mal.

Lisón era historiador y antropólogo, una fusión muy acorde con la *Social Anthropology* de Oxford, y nunca pretendió cambiar de disciplina con su reflexión. Veía, sin embargo, la diferencia entre la inanidad de las preguntas que, buscando el éxito de la claridad, se conforman con la simpleza de las respuestas, y aquellas que, por más incontestables que pareciesen, era imposible acallar una vez surgían de los hechos observados. Los hechos sociales que Lisón estudiaba eran reales, observables en el campo, pero al mirarlos veía en ellos una profundidad a la que no siempre llegaban con su conciencia explícita ni los propios actores ni los científicos. La misma condición humana detectó entre bonzos japoneses o teólogos europeos, entre enfermos occidentales y sus terapeutas, que son algunos de los tipos humanos que poblaron su honda y extensa obra. Siempre fue consciente de cuán difícil es ser empírico, y cómo eso solo se logra siendo, a su vez, intérprete, creador de comprensión. Esa hondura de la vida de cada cual, la veía Lisón presente en cada informante como una carga llena de respeto que presidía y marcaba la conversación al explicarle un ritual, al razonar sobre la herencia de unos bienes, al confesar la búsqueda de remedio a la enfermedad aun sufrida tras largos años en busca de curación. Su interpretación no se basaba en una impresión subjetiva, sino en la comprensión de las constantes detectadas empíricamente que alentaban su reflexión para dar cuenta exacta de lo observado.

Carmelo Lisón falleció el martes 17 de marzo del 2020. Fue el fundador del Departamento de Antropología Social, en los primeros años setenta, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, en el Campus de Moncloa entonces. Curso a curso, fue creando una especialidad en Antropología Social dentro de la Licenciatura en Sociología, que pasó a ser una Licenciatura de segundo ciclo, con un plan propio de Doctorado. Lisón no solo fue el creador del primer plan de estudios en Antropología Social, de la Licenciatura al Doctorado, sino que, desde los primeros pasos para formar el Departamento, fue también el impulsor de la formación especializada del profesorado.

La etapa de la Transición en España, no solo fue importante desde el punto de vista político, sino también por la renovación económica y cultural. En ese marco hay que situar el esfuerzo creador de una nueva disciplina académica con Licenciatura, Doctorado y Revista, así como de un nuevo tipo de investigación y una nueva profesión. Para ello se inspiró en una concepción de la vida académica muy diferente a la de la tradición previa a la Transición. Lisón buscó y propuso como profesores a quienes hubiesen ampliado su formación en reconocidas universidades extranjeras, y hubiesen adquirido una experiencia de investigación empírica de un año como mínimo desarrollando un trabajo de campo según el estilo característico de la observación participante y la entrevista densa y abierta, en convivencia con quienes crean su propia historia. Así fue reclutando a hombres y mujeres formados en las universidades de Oxford, Manchester, Londres, York, Cambridge, París, Pensilvania, Florida y California. Tras la Constitución, en pleno despliegue de la España de las Autonomías, con la colaboración de su colega de Princeton y Chicago, James W. Fernandez, desarrolló un plan de investigación dirigiendo tesis doctorales sobre la cultura en las distintas comunidades autónomas que entonces se formalizaban. Con esa política académica y su “universidad itinerante”, modernizó las ciencias sociales y puso en contacto su naciente Antropología Social con la comunidad científica internacional. Quienes participamos en las sesiones anuales de la Casa de Velázquez, Sigüenza, Jaca, Granada, Santander y Valencia recordamos el pluralismo intelectual y lingüístico, la apertura internacional de los asistentes, y la amplitud de sus horizontes como una época dorada de la Antropología Social que él hizo posible.

Lisón había estudiado Historia en la Universidad de Zaragoza, la más cercana a su Puebla de Alfindén natal, contribuyendo a su sostén con su trabajo docente hasta que, ya licenciado (1957), fue a estudiar Etnología a Alemania, y Antropología Social en Inglaterra. En ambas, Lisón había conocido otro estilo universitario, según el cual los profesores no se centraban en programas de asignaturas, sino en su propia investigación. La enseñanza se basaba, además de las clases, en sesiones tutoriales individuales, discusiones de seminario y trabajos comentados cada quince días de modo personal. La lectura en las frías tardes inglesas le retenía en la cálida atmósfera de la biblioteca del Instituto de Antropología Social de Oxford hasta su cierre. Allí conoció a su querida Julia Donald, con quien compartió toda su trayectoria vital y académica.

En Oxford desde 1958, becado con la Alan Coltart Scholar en el Exeter College, y tras sus estudios con Mary Douglas, Godfrey Lienhardt, y John Campbell entre otros, se doctoró en 1963 bajo la dirección de Evans-Pritchard, con una novedosa tesis sobre su propia comunidad de origen que tituló como *Belmonte de los Caballeros. Anthropology and History in an Aragonese Community*¹. Evans-Pritchard, como director del departamento, propuso para su tesis seguir la tradición británica realizando un trabajo de campo en África. Era todavía la época en la que se decía que para ser antropólogo había que hacer trabajo de campo en África. Frente al paradigma funcionalista, y recién destacada la proximidad entre la Historia y la Antropología por Evans-Pritchard en 1950², Lisón, que desde muy joven había estudiado y vivido fuera de su comunidad, y había aprovechado los veranos para viajar por Europa, quiso volver a su tierra para penetrar en la cultura local desde una mirada diferente, formada en la Antropología británica. Desde un principio, ese contraste y extrañamiento de lo que fue el propio mundo, marcó el método comparativo. El trabajo de Lisón, se insertaba de ese modo en el más amplio proyecto de estudio de las culturas del Mediterráneo que acabaron desplegando muchos de los

1 Lisón Tolosana, C. 1966: *Belmonte de los Caballeros. Anthropology and History in an Aragonese Community*. Oxford University Press. Más tarde, en 1983, fue reeditada en Princeton University Press, pero nunca se tradujo al español.

2 En 1950 dio Evans-Pritchard en Oxford su famosa conferencia en honor de Marett sobre la proximidad de la Antropología Social y la Historia frente a las ciencias naturales, ideas que reiteró en 1961 en la Universidad de Manchester, citando el carácter comparativo, semántico y hermenéutico de la Antropología Social para lograr la comprensión de la especificidad cultural, mucho antes que C. Geertz.

alumnos de Evans-Pritchard; trabajo del que, en 1977, decía J. Davis desde Oxford: “The anthropological future of history lies with Lison-Tolosana”³. De hecho, siguió luego participando en los encuentros y publicaciones internacionales sobre Antropología del Mediterráneo, uno de los cuales organizó él mismo en Zaragoza, en 1989.

La publicación en inglés de su primer libro en Oxford University Press, y reeditado en 1983 en Princeton University Press, suponiendo sin duda un indudable éxito profesional, veló en el mundo anglosajón el más largo trabajo de campo que realizó Lisón en otros contextos y temas publicados en español. Por ello, no es posible entender la contribución de Lisón a la Antropología Social sin contar con sus once volúmenes sobre Galicia, o sin su estudio de Japón e Iberoamérica, sus aportaciones teórico-metodológicas, o su misma forma de practicar la observación de campo y las entrevistas, que incluía desde sus inicios la filmación.

Método y teoría

Su papel innovador no se limitó a su empeño en investigar en el contexto de su propio origen cultural, sino también por el uso de una tecnología entonces novedosa: magnetófono, cámara fotográfica y filmación en super 8 que, además de suponer una pesada carga de 12 kg por caminos de herradura, tenía que conectarse a la corriente eléctrica. Es difícil imaginar en 2021 las situaciones que se creaban en la España de los años sesenta del siglo XX. En muchos de los lugares de las entrevistas no existía corriente eléctrica. Había que buscar casa que tuviera conexión. Allí la curiosidad atraía a otros vecinos, y la dificultad del campo se transformaba en oportunidad para registrar una más amplia etnografía. Luego tenía que “vaciar” la cinta transcribiendo fielmente lo registrado para poder usarla al día siguiente en otra entrevista, con la -hoy impensable- pérdida del registro sonoro inicial. A pesar de las becas de la Wenner-Gren Foundation y de la Gulbenkian Foundation, no era fácil conseguir suministros para registrar sonido o imagen en la profundidad de la Galicia rural. Con ese esfuerzo innovador Lisón logró una etnografía más fiel y más amplia que la de la mayoría de antropólogos de entonces,

3 Davis, J. 1977: *People of the Mediterranean. An essay in comparative social anthropology*. London, Routledge & Kegan Paul, p. 258.

como todavía hoy reconocen sus colegas europeos. Con ese espíritu innovador, con pocos medios y frente a la incomprensión académica que tanto ha pesado en nuestras universidades, montó sus propias películas de campo, y enseñó a hacerlo a otros investigadores, lo que terminó introduciendo en los planes de estudio las nuevas tecnologías. El legado en imágenes y películas, filmadas por él mismo, posee ya un valor en la historia de la Antropología visual europea.

Tras los años de estancia en Galicia, Lisón volvía al campo al terminar cada curso académico en Madrid. Con ello realizó una singular fusión entre Antropología e Historia. En su excelente estudio de los ritos y creencias en torno a la salud mental⁴, Lisón pudo seguir la evolución del proceso en unos mismos creyentes, pacientes o actores e informantes a lo largo de más de diez años. De ese modo pudo historiar e interpretar antropológicamente los sutiles y progresivos cambios rituales, creenciales, valorativos y prácticos que captaba en su propia etnografía. Lisón percibió con lucidez el tiempo, la historia, como dimensión viva en el presente de la etnografía que elaboraba. De hecho, la inclusión en sus publicaciones de lo que normalmente se entiende por historia del lugar, solo la realizó en todos los casos después de haber estudiado etnográficamente el presente, esto es, en su metodología iba del presente al pasado para volver luego al presente. Lisón partía de su rico conocimiento etnográfico del presente para buscar cómo se había gestado en el pasado la cultura que ahora observaba, iba del fruto a las raíces, sabía lo que buscaba en la tierra de la historia para desentrañar los frutos cosechados en su trabajo de campo. Su atención al testimonio del pasado, a la duración del pasado en el presente, le permitió proyectar sobre los documentos una mirada crítica, consciente de que interpretamos bajo el efecto de aquella misma historia que ha ido gestando la imagen desde la que la miramos; es lo que Gadamer llamó historia efectual.

A la mirada sobre España Lisón siempre ha sumado su propia mirada sobre Latinoamérica y Asia. Sus viajes al Cono Sur, a China y a Japón, alimentaron su interés por los grandes encuentros interculturales en la historia. Veía en esos encuentros una manifestación viva del conjunto de

⁴ Lisón Tolosana, C. 1990: Demonios y exorcismos en los siglos de oro. La España mental I. Madrid, Akal. Y Endemoniados en Galicia hoy. La España mental II. Madrid, Akal.

problemas científicos que la diversidad cultural plantea hoy a la Antropología. Por eso Lisón ha escrito sobre el empeño de la Corona española por comprender la rica diversidad cultural de sus reinos, o sobre la gesta intelectual que realizaron los misioneros españoles al elaborar gramáticas nativas e idear técnicas de investigación sobre el terreno, o al empeñar su sincero esfuerzo por traducir y comunicar entre sí creencias dispares desde la común raíz de la condición humana.

Creencias

Su estudio del diálogo entre los nativos americanos y los dominicos, o entre los jesuitas y los bonzos japoneses del siglo XVI ha sido la base para una honda reflexión antropológica sobre problemas reales del siglo XXI, en el que la diversidad de creencias y culturas se ha hecho muy presente con las migraciones y la globalización.

Carmelo Lisón nos hace ver cómo, tras la incompreensión entre los actores, hay una estrategia similar en el uso etnocéntrico de sus respectivas culturas. Unos y otros se fundan en su racionalidad y tradición como modelo de pensamiento, pero lo hacen sin darse cuenta de cómo todo sistema interpretativo pende de una experiencia histórica que ha ido creando un estilo de vida. El encuentro terminaba en choque en muchas ocasiones. Los jesuitas se fundaban en la racionalidad y el tomismo, y por parte japonesa, tras aplicar razonamientos similares, no concebían cómo pudo haber un Dios creador crucificado como un delincuente, cómo cabía sostener una esperanza en otra vida frente a la inmensidad del vacío y la nada del budismo. Los conceptos mismos (dios, nada, creación, vacío...) refieren a contenidos distintos en cada cultura sin que unos y otros actores sospechasen la magnitud de sus diferencias.

Los jesuitas abrieron, sin duda, una gran vía de comunicación entre Oriente y Occidente que luego ha tenido una larga fecundidad. La influencia de Japón en el arte europeo⁵ ha sido determinante de sus cambios tanto como en la filosofía. No solo Schopenhauer, sino también Heidegger, C. G. Jung, E. Fromm y tantos otros, o D.T. Suzuki, K. Nishitani, B.C. Han, entre otros, sin olvidar al jesuita H.M. Enomiya Lassalle, han contribuido poderosamente a la transformación del pensamiento, a la

⁵ Véase González Alcantud, J. A. 1989: El exotismo en las vanguardias artístico-literarias. Barcelona, Anthropos.

difusión de la meditación, al cambio de costumbres. No fue, pues, ese encuentro un mero hecho del pasado, sino que esa historia que Lisón analiza sigue produciendo efectos en pleno siglo XXI, en el que atestiguamos una mutua fecundación mucho más allá de las industrias y economías china, japonesa y occidental, y que penetra en el arte, en la religión, en las terapias que unos y otros aplican en el presente y que ayudan a la propia comprensión de quienes las practican. Lisón, con su obra, brindó un modelo científico para el estudio del diálogo intercultural.

Galicia, el trabajo de campo y la interpretación.

No es solo *rito* y *creencia* lo que Lisón ha estudiado. Llega a ellos tras un largo trabajo de campo sobre el contexto. Fiel a la tradición británica, ha insistido en estudiar *la cultura en la sociedad y la sociedad en la cultura*. Al repasar sus monografías siguiendo el orden de las fechas de publicación original, se nos desvela el orden metodológico de una mirada de gran alcance que, en coherencia con Vico, Bergson, Ortega, Zubiri o Gadamer, nace del contacto con la realidad y ante la resistencia de esa vida que observa a adaptarse a nuestras categorías y previsiones teóricas. Modificar las propias categorías al hilo de la conversación con la cultura ajena es algo que Lisón ha tenido bien claro y que ha puesto siempre en práctica en toda su larga trayectoria intelectual.

Entre su primer volumen de 1971 al número 11 sobre Galicia, de 2016, desarrolla una investigación, con su propia etnografía de campo, que abarca 45 años. El uso que Lisón hace de las entrevistas y de la observación en el campo, no solo con las creencias y rituales, sino sobre todo con los valores morales, la salud y la enfermedad es, sencillamente, un logro no superado. Lisón no da un paso sin un ejemplo –sin muchos, en realidad– porque los propios informantes le exponen así sus criterios, expresándole casos reales. De ese modo, la traslación del contexto al texto es contundente, como si el lector se moviese con el autor entre los mismos informantes. Pero eso no significa que el resultado antropológico sea como una conclusión lógica, definitiva y perfecta. Nada más lejos del estilo de Lisón. Su misma proximidad con el contexto le lleva a matizar la relatividad de toda conclusión, la ambigüedad de lo inferido, la imposibilidad de encerrar el conocimiento en el molde estrecho y simple de las definiciones.

Con su regreso anual al terreno de la observación durante tanto tiempo y con su conciencia del carácter cambiante y abierto de la cultura, perpetuamente inacabada, Lisón consigue –y es este uno de sus más difíciles logros– desvelar la lógica cultural subyacente aun en su misma dinamicidad y cambio. Nunca fuerza los hechos para que encajen en sus hipótesis, sino que desvela y respeta el contenido contradictorio de las opciones que cada institución, imagen o gran categoría cultural encierra, para, más allá de esa sorprendente tensión, reconocer el *aire de familia* que comparte cada opción y su contraria, frutos ambas de una misma creación cultural de la historia. Sin seguir el estructuralismo francés, ha logrado algo en lo que insistía Lévi-Strauss. Los modelos con los que los antropólogos interpretamos la estructura de la cultura han de dar cuenta, en su desarrollo, de todos los hechos observados, esto es, han de mostrar cómo resultan productos propios de una misma cultura sus normas y su transgresión, el arco entero de la valoración, en pro y en contra, en un ámbito de conducta que atrae hacia sí la atención colectiva de la cultura, ese núcleo que está más allá de una opción y de su contraria y que, no obstante, conserva el aire propio de la cultura que se reproduce en el tiempo, traduciéndose a sí misma en cada época mientras parece traicionarse sutilmente.

En realidad, esa continuidad de la cultura bajo la superficie de los cambios, solo la capta quien no deja de observarla y estudiarla a lo largo de medio siglo. Solo entonces puede el antropólogo desvelar la unidad en la diversidad, la presencia del todo en cada parte, el sentido que comparten la afirmación y su negación. Más allá de los autores que le inspiraron, dice Lisón de sus informantes: “Todos me han hecho pensar [...] me han enseñado [lo] que no se aprende en libros”.

No solo sus libros, también su persona, nos sigue haciendo pensar a todos. Emerson dijo que “una institución es la sombra alargada de un hombre”. Toda la Antropología española se ha visto enriquecida y retada a su vez por su obra y su persona, por su empuje creador hasta el último momento. Doctor en Antropología Social por la Universidad de Oxford, Honorary Fellow of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, Medalla de Plata de Galicia y Premio Aragón a las Ciencias Sociales y Humanas, condecorado en la Casa de Velázquez con la Palmas Académicas por el Estado Francés, así como doctor honoris causa por las Universidades de Burdeos y Murcia, ha dejado sus bienes a la Fundación Humanística Lisón-Donald, que deberá proseguir su tarea en La Puebla de

Alfindén para el futuro de las ciencias sociales. Su alta sombra sigue siendo alargada y luminosa. En todos nosotros ha dejado un gran recuerdo, hondo e imborrable.

BIBLIOGRAFIA

Davis, J. 1977: *People of the Mediterranean. An essay in comparative social anthropology*. London, Routledge and Kegan Paul.

Evans-Pritchard. E.E. 1978 (1962): *Ensayos de Antropología Social*. Madrid, Siglo XXI.

González Alcantud, J. A. 1989: *El exotismo en las vanguardias artístico-literarias*. Barcelona, Anthropos.

Lewis, I.M. 1971: *Ecstatic Religion. A Study of Shamanism and Spirit Possession*. Penguin Books.

Lisón Tolosana, C. 1966: *Belmonte de los Caballeros*. Oxford U. Press.

Lisón Tolosana, C. 1971: *Antropología Social en España*. Madrid, Siglo XXI.

Lisón Tolosana, C. 1979: *Antropología Cultural de Galicia*. Madrid, Akal.

Lisón Tolosana, C. 1979: *Brujería, estructura social y simbolismo en Galicia. Antropología cultural de Galicia,2*. Madrid, Akal.

Lisón Tolosana, C. 1990: *Demonios y exorcismos en los siglos de oro. La España Mental I, y Endemoniados en Galicia hoy. La España Mental II*. Madrid, Akal.

Lisón Tolosana, C. 2005: *La fascinación de la diferencia. La adaptación de los jesuitas al Japón de los samuráis, 1549-1592*. Madrid, Akal.

Lisón Tolosana, C. 2010: *Antropología integral. Ensayos teóricos*. Madrid, Editorial Universitaria Ramón Areces.

Lisón Tolosana, C. 2010: Qué es ser hombre (valores cívicos y valores conflictivos en la Galicia profunda). Madrid, Akal.

Lisón Tolosana, C. 2016: Galicia, singularidad cultural. Antropología cultural de Galicia, XI. Madrid, Akal.